

Con ametistas sujetó en el cielo
Los velos transparentes de la tarde.

Onda clara, onda azul, onda turgente
Que de este valle tu rumor alejas
Y te lanzas al mar, indiferente,
É indiferente á mi dolor me dejas,

Léjos ya de estas ramblas arenosas
Otro cielo refleje tus cambiantes,
Otras aves te adulen y otras rosas
Beban en tu salpique de diamantes.

¡Adios! yo quedo en mi dolor pensando
Que eres fugaz como la vida triste,
Pues viéndote venir, fuiste pasando,
Y viéndote pasar desapareciste.

MANUEL ACUÑA.

A LA LUNA.

AL SR. D. MANUEL J. DOMINGUEZ.

¡Oh luna, blanca luña,
Que desde el cielo viertes tus fulgores
A despecho de todos los vapores
Con que la negra noche te importuna;
Yo sé que al permitirme la confianza
De que á abusar cantándote me atrevo,
Antes que hablar de otra cosa debo
Darte una explicación de mi tardanza;
Pero sabiendo, porque así lo he visto,
No recuerdo en qué parte,
Que tú eres noble generosa y buena
Con todos los prosélitos del arte,
Entre los que me inscribo al protestarte
Que nada hay que sin tí valga la pena,
Dejo los cumplimientos

Y las excusas fútiles y vanas
A fin de aprovechar estos momentos;

Que tu al ver que en mis labios
Se agita el estro y mi silencio trunca,
Recordarás que el vulgo y aun los sabios
Dicen *que vale más tarde que nunca,*

No, mira tú: desde hace mucho tiempo
Pensaba yo en venir á saludarte,
Y hasta recuerdo que salí una noche
Sin más objeto que ese;
Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
Me hizo creer que en el cielo te hallaría,
Tú, que probablemente estabas mala,
Te ocultaste y me diste una antesala
Que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo
Por lanzarte una pulla ni un reproche;
Pero este negro bosque me es testigo
De que no más que por hablar contigo
Me anduve por aquí toda la noche.
Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
Si fué en Abril ó en Mayo... suspirando
Por verte frente á frente
Y á tu lado pasar la noche entera.
De modo y de manera
De estar sólos y lejos de la gente,

Vengo, y tú que sin duda me creiste
Algún gemidor de esos
Que por que está desesperado y triste
Ya quiere que le des un par de besos,
No bien tras de estos álamos me viste,
Que escondiéndote en medio de las nubes
Cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esa fué tu idea
Ante mi aparición inoportuna,
Por mi vida te juro y te respondo
Que te llevaste el chasco mas redondo
Que te has llevado desde que eres luna;
Pues aunque ya á mis años
Se usa entre los humanos corazones
Contar los sufrimientos á montones,
Y á montones también los desengaños,
Yo que si algo he sufrido
De mi existencia en la carrera corta,
Tengo la convicción íntima y grande
De que á nadie le importa,
Porque si sufro no hay quien me lo mande;
Si al pisar de la vida los abrojos
A verter una lágrima me atrevo,
La dejo que se escape de mis ojos
Y al llegar á mis labios me la bebo.

Con que ya verás tú si yo sería
Quien fuera á molestarte á tales horas,

Para llamarte solitaria ó fría,
 Y cometer así una grosería
 De esas que no perdonan las señoras.
 Aparte de que á tí, si no me engaño,
 Te debe de importar muy poca cosa
 Que en la vida enojosa
 Camine el goce junto con el daño,
 Así como que al tiempo de las flores
 Siga el invierno nebuloso y frío,
 Ó que en las tibias noches del estío
 Disminuyan de fuerza los calores,
 Cosa que á muchos saca de su casa
 Por tener de decírtelo el orgullo,
 Cuando todo eso en realidad no pasa
 De ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,
 Por *alli* anda la ilustre Avellaneda,
 Que en paz duerma en su lecho de coronas,
 Que sin mirar que tú, rueda que rueda,
 Maldito el caso que del tiempo hacías,
 Ella al són de sus mágicos bordones
 Te delataba á ese ladrón nefando
 Que tantos goces con pesar nos roba,
 Sin oír que su esposo despertando
 La llamaba en un tono no muy blando
 Después de registrar toda la alcoba.

Y el sin igual Zorrilla,

El que nos regaló aquel mamarracho
 Que yo admiraba tanto de muchacho
 Creyéndolo la octava maravilla,
 El que con una calma
 Cuyo molde es difícil que se encuentre,
 Hizo aquí entre otros dramas el del vientre,
 Y hasta allá fué á acordarse del del alma.

Y Carpio, el que de turco disfrazado
 Sufrió tan honda pena
 Que por poco se arroja al mar salado;
 Pero que al fin se fué por otro lado
Arrastrando el alfange por la arena.

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos
 De discordias civiles,
 En que Rocha no andaba por el mundo
 Y en que aun eran de chispa los fusiles,
 Pues estos y otros más, si no tan buenos
 Sí tan desocupados,
 Han emprendido de entusiasmo llenos
 La imitación de sus antepasados,
 Por el placer de repetirte alguna
 De esas necias é insulsas tonterías,
 Ó porque hechos los tomos de poesías
 No faltara en el índice—«Á la luna.»

Y si á lo menos fueran pasaderas
 Las tantas que en tu elogio se han escrito

Y cuyas firmas por prudencia callo,
 Pues señor, con trescientos de á caballo,
 Muy puesto en su lugar y muy bonito;
 Pero nada. . . que entre esas que no cito
 Porque no se me diga impertinente,
 Hay muchas (no agraviando la presente)
 Que son un verdadero gregorito.
 Lo digo y lo repito,
 Sí señor, que ésta no es una indirecta,
 Pues aunque salte alguno
 Que deseando escapar á este reproche,
 Reclame la palabra y manifieste
 Cargado de razones y veneno,
 Que no se pueda hacer nada de bueno
 Sobre un terreno tan vulgar como este,
 No habiendo obligación chica ni grande
 De escribir sobre tal ó cual materia,
 Se comprende y se vé muy á las claras
 Aunque hable de ésta con tan poco aprecio,
 Que el culpable no es ella sino el necio
 Que se mete en camisa de once varas.

¿Quién obliga á ninguna
 De las vivientes almas á que escriba,
 Ni menos á que suba tan arriba
 Que tenga que escribir sobre la luna. . . . ?

Yo mismo, si mañana
 A algún crítico ocioso y exigente

Se le diera la gana
 De zurrar á esta silva la pavana
 Ó de hacerlo delante de la gente,
 Pues yo mismo, aunque fuera á mi despecho
 (No pudiendo olvidarme de que es mía)
 Mirando la justicia no tendría
 Mas que decir á todo: *muy bien hecho*.

Y tan es cierto que lo encuentro justo
 Y que me temo mucho una descarga
 Por haberme salido con mi gusto,
 Que con objeto de que el sabio adusto
 No halle esta silva demasiado larga,
 Una vez que tú, luna,
 No me has de conceder si tal sucede,
 Lo cual (aquí en confianza) muy bien puede
 Por un capricho cruel de la fortuna,
 Bien convencido de que en todo caso
 Francos y leales seguiremos siendo
 Tan amigos como antes,
 Te dejo preparándole á la aurora
 El dulce nectar de los nuevos broches,
 Y sin más que decirte por ahora;
 Con el alma, tu humilde servidora,
 Me alegraré que pases buenas noches.

1873.

EL REO DE MUERTE.

Al eminente actor D. Jose Valero.

... Esa noche, ardiendo el pueblo
 De animación y entusiasmo
 Bajo el influjo sublime
 De tu genio soberano,
 Todo era bravos y dianas,
 Todo era vivas y aplausos,
 Todo cariño en los ojos,
 Todo cariño en los labios,
 Y todo flores, laureles,
 Admiración y . . . entretanto,
 Allá muy lejos, muy lejos,
 Sonando lento, pausado,
 Se alzaba entre las tinieblas
 Y entre el silencio un cadalso,

Sin otro eco que el latido
 Del pecho del condenado
 Que en diálogo con la muerte
 Velaba en un subterráneo.
 Aquel cadalso se alzaba
 Cada vez, más y más alto,
 Como un espectro, sombrío,
 Como un vampiro, callado,
 Como una tumba, implacable,
 Y como un monstruo, inhumano;
 Se alzaba y sin que ninguno
 Oyera aquel ruido amargo,
 Por los sollozos de un hombre
 Solamente acompañado,
 La humanidad impasible
 Bajo su mudo letargo,
 Miraba crecer y alzarse
 Las formas de aquel cadalso,
 Cuando tú, tú que escuchaste
 Sus ecos tristes y vagos
 Te levantaste por ella
 Con la voz del entusiasmo,
 Y en presencia de aquel pueblo
 Y en frente de aquel tablado
 Ceñida con tus laureles
 La hiciste hablar por tus labios,
 Salvando al són de aquel día
 Del rubor de aquel cadalso.

Yo no sé si ya habrá muerto
 Aquel que en su desamparo,
 Aun más que unos pocos días,
 Y aun más que unos pocos años,
 Pudo gozar la dulzura
 De ver á su hijo en los brazos,
 Libre del infame nombre
 De hijo del ajusticiado;
 Pero yo que desde niño
 Aprendí lleno de espanto
 A aborrecer los verdugos
 Y á maldecir los cadalsos,
 Dejo á la gloria que entone
 Para ensalzarte su canto,
 Y del condenado á muerte
 Bajo los recuerdos gratos,
 En nombre suyo, las gracias
 De la humanidad te mando.

1873.

MANUEL M. FLORES.

DECEPCION.

¿Y es verdad? ¿Es verdad? ¿La horrible ausencia
 Con su ala de tinieblas ha borrado
 La estrella de tu amor? Tan prontamente
 Han mi nombre tus labios olvidado,
 Y en ellos para siempre
 El fuego de mis besos se ha apagado?

¿Así, cual la amistad y la fortuna,
 Y todo lo impostor que en otro tiempo
 En sus pérfidos brazos me tenía,
 También me abandonaste? . . . ¿Llegó el día
 En que echaras también por importuna
 De tu memoria la memoria mía?

Bien está si es así. ¡Rota y sangrienta
 Mi alma desventurada
 Sobre su decepción yérguese altiva,

Y á todo bien y compasión esquivada
Ni al cielo ni á la tierra pido nada!

Bien está si es así. Cuando sañuda
Azota al árbol tempestad sombría,
Si romperle no puede, le desnuda
De la pompa y verdor que le cubría;
Así la adversidad, cuando desata
Su tempestad de muerte sobre el hombre,
Amor, fortuna y amistad y nombre
Como frágiles hojas le arrebatada.

Y el hombre queda solo en su desierto;
Vivo para él, para los otros muerto....
Y ahora, mi corazón, te quiero sólo
En esta noche de orfandad y espanto
A que el destino lóbrego me lanza,
Solo como el dolor y el desencanto,
Solo, sin una chispa de esperanza
Ni una gota de llanto!.....

Y era ese amor la ráfaga postrera
De mi encantado sol de primavera;
La última flor que mi cansada vida
Embalsamaba con celeste aroma,
El último arrullar de la paloma
Que en los vergeles del amor anida;
La última copa coronada en flores

Que á mi insaciable corazón brindara
La dicha en el festín de los amores.
Besos, suspiros, lágrimas, caricias,
Indecibles deleites, embriagueces,
Ya todo lo apuré. . . . Ahora bebamos
Sin temblar, del veneno hasta las heces. . . .

.....
Mi sol, mi último sol, sí, tú alumbraste
Horas de amor sin nombre ni embelesos
Que la dicha envidió, tú iluminaste
Sus lágrimas divinas y abrasaste
Con tu llama de fuego nuestros besos! . . .

La amaba, sí, la amaba. Al mismo tiempo
Que para tanto amor sentíame poco,
Y la veía pasar dentro de mi alma
Cual ardiente visión de un sueño loco;
Al mismo tiempo, sí, que entre sus brazos
En su férvido seno me adormía
De sus quemantes besos al arrullo,
En mi gigante corazón sentía
De aquel amor el infinito orgullo!

Ahora todo acabó. Soplo de muerte
Pasó sobre la lira del poeta,
Rompió sus cuerdas, apagó su nombre.
Y en la fúnebre playa del olvido
Dejó la tempestad náufrago al hombre.

Mas basta, corazón! Te quiero grande,
 Última sea esta lágrima de fuego
 Que te arranca el recuerdo. ¿Qué le importa,
 Qué le importa la luz al que está ciego?
 ¿Qué te importa el fulgor de aquellos días
 Si vives en la noche del desierto?
 ¿Qué importan al dolor las alegrías?
 ¿Qué te importa pensar en que vivías
 A tí que estás para la dicha muerto? . . .

Quédate solo con tu amor postrero,
 Mi fiero corazón! . . . lámpara hermosa
 Ardiendo en las ruinas de un santuario
 Sin Dios y sin altar; queda encendido,
 Amor; último amor á mi Rosario,
 Como mi alma mortal y solitario,
 Impasible y mortal como su olvido.

Francisco Granados Maldonado.

A MI MADRE.

“Timenti Dominum bene erit in extremis, et in die defunctionis sue benedicetur.”—El que teme al Señor, le irá bien en su último fin, y en el día de su muerte será bendito.

(ECCLES. CAP. I. V. XIII.)

¿También la virtud muere, Dios del justo?
 ¿Polvo se torna la elevada frente
 Del sér que socorriera al indigente,
 Del sér que consolara la orfandad?
 ¿Cómo pudiste en tu decreto agosto,
 Llevarte ¡oh Dios! la vida de mi alma?
 ¡Dame, Padre del huérfano, la calma,
 O llévame á tu excelsa eternidad!
 ¿Cómo poder vivir entre los mares
 De este mundo infeliz, sin luz ni amparo!

Ya no distingo en mi naufragio el faro
Que mi vida alumbraba con su luz.
En vano me prosterno en los altares,
Para invocar tu nombre, madre mía;
No existes junto á mí; la tumba fría
Sólo me enseña solitaria cruz!

¿Pero callas? ¿Tu acento de ventura
No hiere ya con su armonía mi oído?
¿Qué no escuchas mi lánguido gemido,
Qué no atiendes ¡oh madre! á mi dolor?
No veo tu frente de inocencia pura,
Blanca, cual de los campos la azucena,
En que regué mis lágrimas de pena,
En que imprimí los besos de mi amor.

Yo soy tu hijo, que dormí en tu seno,
De gloria un tiempo sin sentir las penas:
En tu sangre la sangre de mis venas;
Yo te consagro mi doliente voz:
Yo soy tu hijo, que de calma ageno,
Aun en la tumba con amor te adoro;
Madre, ruégale á Dios que acoja el lloro
Que vierto en tu sepulcro, en mi dolor.

Tú el angel fuiste que en mi tierna infancia
Mi bella cuna con amor mecía;
Tú el angel que al altar me conducía,
Para que alzara mi oración á Dios:

Cuando gocé la cándida fragancia
De la niñez florida, tú en mi frente
Sellabas con tu labio dulcemente
Un beso al estrechar mi corazón.

¿Tú fuiste aquella madre candorosa,
Que mi sueño arrullara en sus rodillas,
Que regara mis pálidas mejillas
De placer con el llanto maternal?
¿Tú fuiste aquella madre cariñosa,
Que al prodigarme con amor, abrazos,
Me alzabas, demandando entre tus brazos
Para mi labio el beso paternal?

¿Pero ya no me escuchas, y á mi llanto
No responden tus voces de armonía?
¿Por qué volaste al cielo, madre mía,
Sin llevarme á tu lado á ver á Dios?
¡Ay, huérfano infeliz! en mi quebranto
¿Quién enjuga mis lágrimas dolientes?
Madre, escucha mis cánticos fervientes;
Madre, responde á mi doliente voz.

¿No ves en la mañana silenciosa,
En medio de este valle de dolores,
A tus hijos llorar entre las flores,
Con que riegan tu losa funeral?
¿A tu esposo no ves, amante esposa,
Cómo cercado de tus hijos gime,

Porque el recuerdo de tu amor le oprime,
Y derrama su llanto conyugal?

Responde á mi dolor, madre de mi alma,
Responde á mi dolor; mira en mi frente
Las hondas rugas del pesar doliente,
Y en mis ojos las lágrimas brillar.

¡Cómo poder vivir, cuando la calma
Huyó, dejando al corazón vacío!

¡Yo miro un porvenir triste, sombrío,
Un porvenir de angustia y de pesar!

Yo, al ver la luz de la apacible aurora,
Corro á la orilla del tranquilo río;

Yo mezclo entre las gotas del rocío
Mi llanto como ofrenda matinal.

Y al Dios que el Sol con sus fulgores dora,
Allí elevo mi cándida plegaria,

Como ave de los bosques solitaria
Sus trinos alza á orillas del raudal.

Grito, clamando: ¡madre! ¡madre mia!
Y anuda mi garganta la honda pena;

Llorar tan sólo puedo; y á la arena
Mis lágrimas descienden á mojar.

Llorar tan sólo puedo: en mi agonía
No hallo alivio en el campo solitario;

Corro á postrarme en medio del santuario,
Para pedir consuelo á mi orfandad.

Señor! Señor! sobre mi frente envía
El consuelo á mi espíritu abatido:
¿No te mueve este lúgubre gemido

Que exhala el corazón?

¿No recuerdas, Señor, terrible el día
En que dejaste al mundo solitario,
Y abandonada en medio del Calvario
La tórtola de Sion?

Ya sabes mi dolor: como el tormento
Que tu Madre sintió cuando sombrío—
“¡Ten mi alma—dijiste—Padre mio!”

Y espiraste en la cruz,

Así fué mi dolor: mi sentimiento
Solo tú, Dios de amor, lo comprendiste;
Envía ¡oh Dios! al corazón del triste
Un rayo de tu luz!

Y tú, madre adorada, que en la tierra
Fuiste un Dios en mi dicha, en mi amargura,
Mis lágrimas acepta de ternura;

Escucha mi oración.

Yo te invoco en la tumba que te encierra,
Para pedirte, madre de mi vida,
Que al Eterno le ruegues condolida,
Que alivie mi aflicción.

Que en alas de la fé, brillante y pura,
A tu lado me lleve á su presencia:

Quiere el alma dejar esta existencia
 Por la tuya inmortal.
 Quiere vivir contigo en esa altura,
 Donde la luz alumbra de la gloria,
 Y abandonando del vivir la escoria
 Gozar la eternidad.

Madre: descansa en paz; "*que quien adora*
Al Señor en la vida, en el instante
De su muerte es bendito," y va triunfante
 De su vista á gozar.

Por tus hijos ante Él ¡oh madre! implora;
 Ruégale por tu amor nos dé el consuelo;
 Mira mi llanto que humedece el suelo;
 Envíame la paz.

SANTIAGO SIERRA.

—
 LUZ EN EL ALMA.
 —

A T.

ENSUEÑO.

Áquí estás... junto á mí... percibo el vuelo
 De tus alas de azul, y en dulce calma
 Siento la inmensa irradiación del cielo
 Descender de tu Espiritu á mi alma.

Cierro los ojos y tus ojos miro
 Penetrar en la noche de mi llanto;
 Quiero hablarte de amor, y mi suspiro
 Se confunde en las notas de tu canto.

Habitas en mi sér; tu blando aliento
 Sobre la lira psíquica resbala,
 Y en el himno tranquilo de tu acento
 Toda la esencia del amor se exhala.

¡Oh fugitiva estrella de la tarde,
 Angel de luz que se formó en mi auroral
 Eterno amor en tus miradas arde,
 Y mi alma es feliz, porque te adora.

Busca en el libro de mi vida inquieta
 La página febril de los amores;
 ¡Tú sola estás! el alma del poeta
 Solo ante tí se coronó de flores.

No pudo separarnos ni la cuna
 Que mi vida inmortal robó al pasado;
 ¿Morir? es despertar, es la fortuna,
 Porque vuelve á su patria el desterrado.

Renueva en mis ideas la memoria
 De esa existencia de que estoy proscrito,
 De aquel amor que tuvo por historia
 La eterna aspiración del infinito.

Si te apartas de mí, se apaga el día;
 Si te acercas, el cielo se engrandece,
 Y en el ritmo idéal de tu armonía
 Mi corazón se inunda y se estremece.

¡Ven! dejaré la copa de amargura
 Para besar tu huella constelada,
 Y en el caliz libar de tu ternura
 La vida del amor eternizada.

Tu sideral effluvio me arrebate,
 Tus palabras extingan mi lamento,
 Y en mi pasión la tuya se dilate
 Como un sol en el vasto firmamento.

Dejarás el contorno indefinido
 Que vaga etéreo y que de mí te aleja;
 Será mi esencia de la tuya el nido,
 Y en himno puro trocarás mi queja.

De tu alma enamorada en suave brisa
 Me enviarás el dulcísimo reclamo,
 Y á la íntima fruición de tu sonrisa
 Todo mi sér murmurará: «¡te amo!»

Y de tu ardiente Espíritu los besos,
 Si mi ambición con sus fulgores sellas,
 Yo los tendré dentro de mi alma presos
 Para que no se encelen las estrellas.

México, Agosto de 1872.

MANUEL DE OLAGUIBEL.

ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

La retirada de Acapulco.

El castillo de Acapulco
Cubierto de espesa sombra,
Su torreón iluminaba
En noche tempestüosa.
Alzaba la mar sus aguas
En negras, rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas.
Al pié de la fortaleza
Está la insurgente tropa;
Y en lo alto de las murallas,
La guarnición española
A la lucha se previene,
Y proyectiles apronta.
Súbito se escuchan tiros,
Y aquella gente furiosa

Prorrumpe en gritos atroces
Con que su odio pregona.
Salen del castillo fuera
Los sitiados, y se arrojan
Mil guerreros veteranos
Contra unos pocos patriotas.
Resiste el primer empuje
Del gran Morelos la tropa;
Mas ¡ay! que al punto comienza
De los libres la derrota.
El insurgente, que mira
Que á sus soldados destrozan,
Y que huyen despavoridos
Y el estandarte abandonan,
De este modo los devuelve
Á su patria y á la gloria:
“Prefiero perder la vida
“Y no ver vuestra deshonra;
“¡Pasad antes por mi cuerpo!”
Dice, y en tierra se arroja.
Corre al punto por el campo
Su voz marcial y sonora,
Y sus hombres se detienen,
Y se retiran en forma.
En tanto la mar terrible
Alzaba rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas.

MANUEL RODRIGUEZ RIVERA.

GENESIS.

Era mi alma una noche de tinieblas
Densas, oscuras, tenebrosa nada,
Y al brillo sideral de tu mirada
Se hizo la luz, rasgáronse las nieblas,
Y nació la magnífica alborada.

Y brotaron del caos, dulces, risueños,
Cual reguero de chispas y de estrellas,
Manantiales de mágicos ensueños,
Mil ilusiones cándidas y bellas
Con los colores de encantados sueños.

Y hubo en mi cielo mágico y divino
Purpurinos celajes de ventura,
Y una *Via Lactea*, celestial camino
Para llegar á la infinita altura
En que tienes tu trono diamantino.

Y sonaron en ondas rumorosas
Rítmicos de vibraciones y armonías,

Que en escala tendiéronse amorosas
Para enviarte palabras cariñosas
Al levantarse el sol todos los días.

Y ante esa formación jamás soñada
Se estremeció mi corazón contento,
Y adoró con el alma enagenada
De rodillas mi ardiente pensamiento,
La sublime creación de tu mirada.

Desde entonces, mujer, ya no estoy muerto,
Desde entonces, mujer, está sonando
El himno universal de mi desierto;
Te amo, repito sin cesar soñando,
Te amo, repito sin cesar despierto.

Cual reverbera en el azul del cielo
La fulgurante estrella de la tarde,
Así al través de pudoroso velo
Adivino la lámpara que arde
Dentro tu corazón como un consuelo.

Desata del silencio las cadenas
Y de tu aliento báñeme el aroma,
Dame ese amor con que tus ojos llenas,
Que en tu pupila sideral asoma
Y que en tu labio se contiene apenas.

*

Amame sí, con el amor inmenso
Que hiciste tú brotar del alma mía,
Despierta al grito cariñoso, intenso
Con que tornaste mi ánima sombría
En nube de oro de aromado incienso.

*

Escucha, mira, siente en redor tuyo
La vida que en su encanto nos ofrecen
La tortolilla con su dulce arrullo,
La blanca flor á quien las auras mecen
Y el arroyuelo de eternal murmullo.

*

Las golondrinas al formar su nido,
Y la hiedra y el olmo que se enlazan,
Y el insecto en la flor adormecido,
Y los bejucos que entre sí se abrazan
En el ramaje oscuro y escondido:

*

Esos rumores de la selva umbría,
Ese rayo blanquísimo de luna,
Esa sublime, mágica, armonía
De las aves que cruzan la laguna,
Son nuestro himno nupcial, creadora mía,

*

Es el saludo de creación salvaje
Que nos regala su bendita sombra,

Su rumoroso, espléndido bosque,
El cesped y la arena de su alfombra
Y el cielo de su inmenso cortinaje.

*

Acuérdate, mujer, deja que oprima
Tu blanca frente al corazón que te ama,
Deja que en ella con el labio imprima
La blanca luz, la refulgente llama
Que en mi alma vive y sin cesar le anima.

*

Yo quiero ver mi adoración, mi culto,
Sol de tu juventud que fecundize
De tu alma virgen el sentir inculto,
Y escuchar que tu labio me bendice,
Y en tu seno vivir solo y oculto,

*

Y entre los altos limoneros fríos
Y bajo el templo de elegantes palmas,
Sentir tus ojos en los ojos míos,
Que ellos comprenden al mirar sombríos
El misterioso beso de las almas.

*

Y vivir para tí; y en tu mirada
Beber la luz de la existencia mía;
Adormirme á tu cántiga sagrada,
Besarte mucho al despertar el día
Y á mi pecho tenerte aprisionada.
México, Marzo 8 de 1875.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

POR LA VENTANA

Prostituir el amor.!Llegar artero,
De noche, entre las sombras, recatado,
Esquivando los pasos y, mañero,
La luz hundida y el embozo alzado!

Tender la escala; con la vista alerta
Tregar por la pared que se desgrana,
Y á donde todos entran por la puerta
Entrar, como ladrón, por la ventana.

Apagada la luz, hablando quedo,
Temerosos, convulsos, vergonzantes,
Sintiendo juntos el amor y el miedo
Contar, con avaricia, los instantes.

Querer que calle hasta el reloj pausado
Que cuelga en la pared, alto y sombrío;
Ser joven, ser amante, ser amado,
Y estando juntos, tiritar de frío!

Sentir el hielo que en las venas cunde
Cuando los nervios crispa el sobresalto,
Y maldecir la luna, si difunde
Su delatora luz desde lo alto.

Buscar lo más oscuro de la alcoba
Y ver con vago miedo las junturas
Por donde entra la luz, como quien roba
Cobarde, vil, con antifaz y á oscuras.

Y temblar de pavor si ladra el perro
Y si las ondas de la fuente gimen;
De lo que es aire, sol, hacer encierro;
De lo que es un derecho, hacer un crimen!

Besar con miedo, sin rumor, aprisa;
Caminar de puntillas en la alfombra,
Y si el cristal hizo crujir la brisa,
Temblar, pensando que una voz nos nombra.

Cuando canta la alondra retirarse
Atravesando la desierta sala,
Y—suspenso en el aire—deslizarse,
Como vil bandolero, por la escala.

Haber envenenado una existencia,
Convertido en dolores el contento,
Y huesped sepulcral de la conciencia
Albergar un tenaz remordimiento.

Ver encenderse su mejilla roja
Temiendo siempre que el rubor la venza,
Y al encontrarla ver que se sonroja,
Los párpados bajando de vergüenza.

Ese no es el amor: amor robado
Que se viste de falso monedero,
Ese no es el amor que yo he soñado,
Y si ese es el amor, yo no lo quiero.

INDICE.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.—Biografía...	5
A María Langrad.....	11
María.....	13
En el album de la Srita. Luz Arce.	20
Los Naranjos.....	23
Las Amapolas.....	26
Al Atoyac.....	31
JOSÉ M. BANDERA.—La Primavera....	37
Mis Promesas.—A Refugio.....	38
JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.—Al Conquistador de Anáhuac D. Hernando Cortés.....	39
RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.—Primaverales.....	46
FRANCISCO SOSA.—La vuelta de la Primavera.—A B.....	48

MANUEL CABALLERO.—El viento y la rosa.....	49
SALVADOR DIAZ MIRÓN.—Preludios.— Fragmentos de un libro.....	53
AGUSTÍN F. CUENCA.—A orillas del Atoyac.....	58
MANUEL ACUÑA.—A la Luna.—Al Sr. D. Manuel J. Dominguez....	63
El reo de muerte.....	70
MANUEL M. FLORES.—Decepción.....	73
FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.— A mi Madre.....	77
SANTIAGO SIERRA.—Luz en el alma...	83
MANUEL DE OLAGUIBEL.—La retirada de Acapulco.....	86
MANUEL RODRIGUEZ RIVERA.—Génesis.	88
MANUEL GUTIERREZ NÁJERA.—Por la ventana.....	92
